

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

El uso de la cartografía en la recuperación territorial pewence.

Arias, Pablo.

Cita:

Arias, Pablo (2009). *El uso de la cartografía en la recuperación territorial pewence. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/300>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El uso de la cartografía en la recuperación territorial pewence

Pablo Arias

I. Introducción:

La inquietud por desarrollar este trabajo comenzó a definirse en Guvamtuwe Ruca¹ el viernes 10 de Octubre de 2008 cuando, en el marco de una Capacitación en el uso de receptores GPS y de tecnología SIG para jóvenes kona de la Zonal Pewence (ZP) de la Confederación Mapuce Neuquina (CMN), surgió un debate revelador. La estructura del encuentro había sido pensada de manera tal que la *capacitación* técnica estuviera precedida por una recapacitación sobre el Wajontu mapu, es decir sobre lo que el territorio representa para la cosmovisión, para los intereses y para la experiencia mapuce². Sólo después de eso se daría inicio al repaso de las nociones de geografía básicas para el uso de esta tecnología. El debate comenzó luego de terminar la primera fase del taller en el momento en que Kalfv Rayen Kalfinawel –del CECMN– invitó a que se plantearan las dudas u opiniones que existieran. El técnico que tenía a su cargo la revisión de conceptos generales de cartografía y topografía en la fase siguiente del taller preguntó entonces si no había contradicción en la adopción de una tecnología *para fijar límites* y la idea mapuce –que Kalfv había mencionado– del territorio como un espacio que no implicaba los límites estrictos de la propiedad privada capitalista o de la geopolítica de la modernidad occidental. La idea que subyacía detrás de la percepción de la adopción de esa tecnología como *contradicción* era semejante a la noción de *aculturación*, de pérdida o de *contaminación* cultural. Los argumentos expuestos a continuación por los participantes, en cambio, hablaban de la necesidad estratégica de valerse de las herramientas del otro para la defensa de los propios intereses y de la propia cosmovisión. Carlos Alan Rodríguez, kona del lof Kurrumil, respondía ejemplificando que a los alambrados las comunidades no los usan para *delimitar su territorio* sino para *evitar que los privados sigan avanzando*. El lonko del lof Puel, Manuel Calfuqueo, agregaba que en los casos en que habían acudido a *especialistas* en el uso de receptores GPS, esos profesionales –a cambio de mejores pagas otorgadas secretamente por los litigantes opuestos a los intereses de los lof– tergiversaron los resultados desplazando los límites en detrimento de las comunidades. *El GPS sirve para hacer mapas*, añadió luego el lonco, y *los mapas van a ser herramientas para que los*

¹ “Lugar donde circula el consejo”, Centro comunitario mapuce, Aluminé.

² Esta fase del taller estuvo a cargo del Centro de Educación de la Confederación Mapuce Neuquina (CECMN).

pichiquece (niños) *puedan luchar por su territorio en un futuro*. A medida que se sumaban voces, este debate se ampliaba y los argumentos se multiplicaban. Se mencionaba, por ejemplo, la necesidad de elaborar un mapeo de salvataje del conocimiento ancestral del territorio para que no siga perdiéndose con la muerte de los ancianos. Isabel Rodríguez, del lof Kurrumil, y Rosalía Barra –por entonces Inan Lonko del lof Puel– relataban el dolor que les había producido perder a sus mayores recientemente y no haber podido rescatar de ellas *todo el conocimiento* acerca de los lugares que tradicionalmente ocuparon sus antepasados y donde actualmente hay propiedades privadas. Sobre los últimos pasajes, el debate se transformó en consejo de las mayores a los jóvenes. Las kimce advirtieron a los kona: *no tenemos que usar el GPS para dividirnos entre nosotros, no tenemos que ponernos límites entre nosotros*. Y señalaron: *Que el GPS no sea un límite para nuestra cosmovisión*. Concluyeron que el uso de la cartografía es una herramienta útil para revisar los títulos de propiedad, determinar las zonas a recuperar, planificar usos territoriales. *Marcar un límite*, se afirmó, *no implica aceptar las leyes del wigka*³.

A partir de ese encuentro se inició una serie de talleres similares en los que se fue avanzando sobre el manejo de la cartografía. Para la presente investigación se participó activamente en estas actividades así como en cabalgatas de reconocimiento territorial en Quillén, en Ruca Choroy y en El Huecú. En el mismo marco temporal, en la ZP se efectuó el relevamiento y recuperación de territorio en Polkawé y en el campo que el ejército usufrutuaba en los cuadros Ignacio, Picudo, el valle del arroyo China Muerta y el casco de la estancia Pulmarí. Indagando la evolución del proceso participamos en encuentros que se produjeron en territorio ngüluce (oeste de la cordillera) y puelce (este de la cordillera) y en reuniones de evaluación y planificación. La observación de estas experiencias se acompañó con una pesquisa bibliográfica centrada en la historia de la cartografía, en la lectura de crónicas de la época de la conquista y en cuestiones de frontera en Patagonia. De tal manera, a medida que se observaba la consolidación de un método de mapeo territorial en la ZP, se trató de interpretar esa experiencia históricamente, es decir, buscando dilucidar tanto las condiciones de posibilidad actuales de este proceso como la ilación temporal de continuidades y rupturas en que ese proceso se alinea.

³ El registro de este taller fue efectuado conjuntamente con Adriana Suárez, cuyo cuaderno de campo complementó las falencias del mío.

El posicionamiento teórico que fue incitando y dirigiendo a la perspectiva aquí presentada se nutrió de distintas fuentes. En primer lugar, se consideró propicio el enfoque deconstruccionista que prevalece actualmente en los trabajos dedicados a la historia de la cartografía. Inspirado en la deconstrucción de la representación y en la historicización de la nación, este paradigma propone desmitificar la idea de que la cartografía es una disciplina *neutral* que se limita a buscar las más efectivas técnicas de representación de espacio geográfico. Gracias al estudio de los mapas desde este punto de vista se ha demostrado que, lejos de constituir sólo una simple e ingenua progresión técnica, la evolución de la cartografía fue una de las manifestaciones de la imposición de un criterio de visión y división del mundo. Desde la insubordinación epistemológica, desde la crítica activa al discurso hegemónico, esta postura deconstruccionista se apartó del análisis puramente técnico, relativizó la supuesta correspondencia entre el espacio geográfico y su representación *científica* y se dedicó a indagar en las relaciones saber-poder que configuran a los mapas. Semejante viraje epistemológico en una historiografía que hasta bien avanzado el siglo XX continuaba estudiando mayoritariamente a los cambios en la elaboración de mapas como un constante perfeccionamiento científico, fue posible tras contemplar a los mapas como textos. Una especie de *giro lingüístico* en la apreciación de la cartografía evidenció que, en lugar de constituir abstracciones científicas de la realidad, los mapas eran *construcciones de la realidad* (HARLEY 2005 [2001], 62). Pero, si bien consideramos atinada y asumimos parcialmente aquí esa perspectiva, hay dos aspectos en los que nos diferenciamos de esta. Por una parte, el panorama concebido con ese enfoque es protagonizado por un poder hiperlúcido e hiperactivo que opera sobre una población subalterna que es objeto pasivo y que reproduce mecánicamente las interpretaciones promovidas desde arriba. Nuestra investigación sugiere que, en cambio, hay otros usos posibles en los que la cartografía es apropiada activamente por la agencia subalterna. Por otra parte, atenta a desenmascarar el carácter artificial e interesado de la representación cartográfica, la perspectiva que denominamos deconstruccionista llega a considerar a los mapas no sólo como texto, sino inclusive como *ficción*. Objetamos esta tesis doblemente. Primero porque consideramos que, en tanto tecnología para ejercer el poder, el mapa es una herramienta efectiva. Aunque debemos relativizar su objetividad, no podemos negar que, además de pretender imponer una visión de mundo, la cartografía institucionalizada trata de operativizar el control, por lo que su relación con el espacio representado no puede reducirse a la *imaginación*. Segundo: creemos también que lo

que se diseña en los mapas son planificaciones que buscan cristalizarse en el territorio. El trazado de fronteras es un ejemplo al respecto. Las líneas que primero *son ficción*, que son puro diseño y estrategia en un primer momento, terminan reificándose en límites objetivos sobre el espacio geográfico.

Otras de las fuentes teóricas en que nuestro análisis se apunala surgen de la fertilidad de la metáfora espacial para analizar procesos sociales. La dimensión espacial de la disciplina según M. Foucault, la teoría de los *campos sociales* de P. Bourdieu⁴ y la invitación de Sousa Santos a pensar el derecho como mapa fueron sugerentes incentivos para este trabajo. El concepto de *maquinarias de territorialización* de Grossberg constituyó también un instrumento de interpretación aclaratorio aunque no accedimos a su obra directamente sino por mediación de las lecturas de C. Briones y W. Delrio. La riqueza metafórica de los mapas es razón también por la que muchos críticos literarios les han dedicado numerosas y reveladoras páginas que han sido consultadas con detenimiento. A. Fernández Bravo, J. Andermann, E. Livon-Grosman y V. Blengino son autores que, entrecruzando la *lectura* de mapas con la exploración de la mirada del poder, proveen elementos fructíferos para repensar la cartografía como dispositivo de la mirada conquistadora.

Los trabajos de W. Delrio y A. Ramos fueron una guía interpretativa antes y durante este trabajo. Las *narrativas fundacionales fronterizas*, la resistencia de los mapeos autónomos y su presencia en la memoria oral pese a la arrasadora campaña de las maquinarias de territorialización pos-conquista que observaron en otras latitudes, fueron constatadas también en el caso estudiado aquí.

Así también, siguiendo al planteo que ha posibilitado la noción de etnogénesis, creemos acertada y consideramos fundamental la interpretación que no considera ya a la realidad cultural en términos de *supervivencias* elogiadas y a conservar perpetuamente y de *extinciones* que depreciarían la *esencia* de las identidades. En virtud de esto, asumimos aquí que los pueblos se reelaboran constante y lúcidamente con el objetivo de proyectarse.

Finalmente debemos mencionar que este proceso de mapeos de los territorios de los pueblos originarios no es exclusivo a nuestro caso estudiado. Se verifica en Colombia, Panamá, Perú, Brasil, Chile, etc⁵. Los límites de este artículo impiden hacer

⁴ Su idea sobre la relación entre el *espacio social* y el *espacio físico* también fue guiadora (BOURDIEU 1999 [1997], 178-179).

⁵ Ver, v. gr.: PERAFÁN 2004, WAGNER BERNO DE ALMEIDA 2009, 21.

una contextualización que atienda a semejante dimensión. Pero es necesario contemplar a esto entre los factores posibilitadores de nuestro caso. Nos detendremos en estas cuestiones en otros trabajos.

II. El mapeo autónomo:

En su significado amplio, de representación de un espacio geográfico determinado, el mapeo es una estrategia de la que todas las sociedades humanas se han valido. Ante la necesidad de conocer y transmitir la distribución de los distintos recursos, de compendiar una clasificación espacial, distinguir, recordar y enseñar la ubicación de lugares sagrados, rutas convenientes, ubicación de otros grupos, etc., los seres humanos echamos mano de nuestra capacidad de simbolizar y, de manera particular en las distintas culturas, hemos creado diversos mecanismos de mapeo.

La percepción mapuce del medio es sumamente compleja. El Wajontu Mapu es mucho más que la superficie de tierra habitada. Ese concepto contempla no sólo al *medio ambiente* sino también a todas las dimensiones que lo atraviesan. El ámbito de las relaciones sociales y de las relaciones de las personas con su espacio geográfico son parte del Wajontu Mapu.

En territorio mapuce, una técnica eficaz de mapeo es la toponimia. Mediante la representación nominal se simboliza al espacio geográfico. Los nombres adjudicados a los distintos lugares no son arbitrarios. Son descripciones convenientes en las que se consignan las características que hacen del lugar nombrado un sitio evocable. Hay una descripción orientadora que guía los itinerarios cotidianos, estacionales o extraordinarios mediante la toponimia y el lenguaje.

También las ubicaciones, distancias, relaciones entre distintos sitios pueden representarse de diferentes maneras. Aunque no totalmente traducibles, las nociones de puel, ngülu, picun y wuilli son semejantes aquí a los puntos cardinales (este, oeste, norte y sur respectivamente) del sistema de orientación hegemónico. El conocimiento astronómico de los pueblos originarios de las regiones pampeana y patagónica, por otra parte, revela su eficacia como herramienta de orientación en el hecho de que habría sido la fuente de la que se nutría el talento de los *gauchos estrelleros*, quienes recorrían la región con maestría gracias a la observación de las constelaciones (OLIVERO 2004).

Cada avance en el conocimiento que sobre el territorio denominado Pampa y Patagonia obtenían los cronistas o expedicionarios de la sociedad hispanocriolla era

alcanzado gracias al auxilio de miembros de los pueblos originarios⁶. Desde los jesuitas Cardiel y Falkner hasta los expedicionarios posteriores a la Conquista al “desierto” reconocían fundar sus afirmaciones en los testimonios de informantes indígenas. El mapeo de los indígenas no era nada más una fuente para los curiosos, indiscretos o intrusivos wigkas. Era una necesidad. Las partidas que se internaban en territorio mapuce dependían del auxilio de un guía indígena o mestizo que las orientara. Y esa dependencia que tenían los expedicionarios hispanocriollos de los baqueanos se evidencia en las recurrentes analogías que establecían entre ese saber ajeno y las propias herramientas de orientación.

III. La cartografía rigurosa:

La preocupación por medir con exactitud escrupulosa las distancias y las superficies y la creación de una tecnología *ad hoc* son exclusivas de las sociedades estatales⁷. Allí donde un gobierno centralizado se atribuyó el ejercicio monopólico de la administración, surgió la necesidad de registrar rigurosamente el tamaño de las parcelas que se adjudicaría a los distintos productores, de calcular el monto relativo del tributo que se les exigiría y de contar con una tecnología de control de la población. La formalización de técnicas de mapeo exhaustivas nació entonces como parte de las tácticas de gobierno en sociedades con división de clases y administradores especialistas.

Fueron también necesidades históricas las que incitaron-posibilitaron la evolución que tomaría la cartografía. Con la expansión emprendida por los europeos, en el siglo XV la necesidad de orientación entre los navegantes comenzó a empujar la búsqueda de nuevos métodos e instrumentos *ad hoc*. A partir de entonces se aceleró un proceso por el que las técnicas de mapeo se fueron ajustando continuamente con la incorporación de fórmulas y procedimientos precisos. Más aún durante el siglo XVI cuando, iniciada la fase transoceánica en la expansión europea, la cartografía pasó *de ser un discurso figurativo a ser un discurso científico* (LOIS 1997). La paulatina y constante intensificación de la política colonialista llevó aparejado un rigor creciente en

⁶ El desarrollo de la cartografía de los conquistadores merced a las *aportaciones indígenas* es una constante en América. Para el caso de Nueva Inglaterra, v. gr., ver: HARLEY 2005, 210.

⁷ La etnografía ha constatado un marcado celo territorial en varias sociedades de distinto tipo. Pero aquí referimos exclusivamente al surgimiento de una disciplina, de técnicas especializadas y de una tecnología concebidas con el objetivo de trazar límites matemáticamente controlables.

la cartografía. Gracias a los mapas se conocían las accesibilidades diferenciales del mundo, con los mapas se delineaban las estrategias de conquista, sobre los mapas se registraban los recursos que hacían codiciables a determinadas zonas y en ellos se consignaban finalmente las tierras adueñadas. Si el mapa se ensanchaba es porque era una *tecnología de la mirada imperial que avanzaba* (ANDERMANN 2000b, 103).

Además de la voracidad imperial, otros móviles empujaban a explorar lo desconocido y mapearlo. Mientras la incesante búsqueda de acumulación incitaba a la expansión también constante, la racionalización capitalista requería un inventario detallado del mundo para calcular el beneficio potencial de cada territorio. En consonancia con los intereses de la burguesía, la curiosidad científica animó a este espíritu de época y asumió la misión de concretar un *relevo universal*.

El ensanchamiento de los mapas y la evolución de los métodos e instrumentos cartográficos también se fundamentó en cuestiones políticas. Al interés económico y científico se sumaba la necesidad de los nacientes Estado-Nación modernos, que buscaban cartografiar sus dominios para delimitarlos con precisión. Esa estructura política-administrativa e identitaria comenzaba también a extenderse por el mundo. La imposición del sistema mercado-mundo llegaría al siglo XIX exigiendo que todo el orbe se rigiera por gobiernos centralizados de ese tipo.

IV. El mapeo de la conquista:

La llegada del Estado argentino a los andes hoy llamados neuquinos y la incorporación de éstos al mapa de los geógrafos son eventos articulados por un avance de violencia superlativa. Es elocuente el hecho de que en el corpus literario consultado, así como cuando se necesitaba la asistencia de los baqueanos indígenas se escribían analogías entre su saber y el instrumental de orientación propio de la ciencia, en el momento de la conquista existió una hiperabundancia de analogías entre las armas y el sextante o el teodolito, evocados como metonimia del conocimiento geográfico científico. Consiguientemente se pasó a la contraposición antagónica entre el instrumental propio y el saber de los baqueanos. La campaña conquistadora se describió como una “*guerra entre topógrafos e indios baqueanos*”.

Esa contraposición simbolizaba una pugna entre dos estrategias de mapeo y entre dos mapas posibles. El interés de las elites oligárquicas empujaba las fronteras y la geografía constituyó un arma fundamental en esta batalla. Por una parte, para los

conquistadores, triunfar sobre el mapeo del otro implicaría emanciparse de él, dejar de depender del baqueano. Tras la imposición del dominio y la centralización del poder el Estado tendría la necesidad de descentralizar al control. Un plantel numeroso de funcionarios encargados de la vigilancia permanente compondría la base de la pirámide administrativa que debía extenderse por toda la superficie gobernada. Sin mapas, estos funcionarios continuarían necesitando el auxilio de guías indígenas de cuya compañía y lealtad dependerían. Como instrumento de control y orientación, el mapa elaborado científicamente requiere un conocimiento geográfico que los vigilantes debían aprender pero que los liberaría de esa dependencia. Se vencería al mapeo del otro cuando se prescindiera de él. Además, el relevo exhaustivo de la superficie incorporada al Estado permitía *transformar cada legua atravesada en saber archivístico* (ANDERMANN 2000b, 109), de esa manera sería posible realizar planificaciones centralizadas y fraccionar a la superficie para adjudicarla o venderla. Entonces, por otra parte, triunfar sobre el otro implicaba conquistar su territorio, es decir, añadirlo al propio. Para expandir al propio mapa era necesario borrar el mapa del otro, tomar posesión de su suelo. Justificando su participación en la guerra, Ebelot (2008 [1877], 79) argumentaba:

“A cada una de las columnas se le había adjudicado un ingeniero...Novedad sorprendente, que inspiraba a los oficiales de vieja cepa muchas bromas felizmente no tomadas en serio. No se les acababan las chuscadas sobre el empleo del teodolito en la guerra. Olvidaban que en una guerra como ésta lo fundamental no es manejar el sable sino tomar posesión del suelo”.

Cuando J.A. Roca glorificó a la campaña militar de su ejército diciendo a los soldados que habían *trazado con bayonetas un nuevo radio para la patria*⁸ evocó al nuevo perímetro del mapa propio y a la violencia mediante la que tal ampliación había sido posible. Subyacía en esa expresión otro paralelismo entre las armas y la tecnología cartográfica. Las bayonetas habían operado en el territorio tal como las plumas sobre los mapas⁹. Pero la función de la bayoneta es matar o, en todo caso, intimidar lo suficiente como para doblegar al otro. Es decir que para efectivizar –para *trazar*– en el territorio la soberanía que las plumas habían planificado sobre los mapas las bayonetas mataban (“borraban al otro del mapa”) o doblegaban (borrando su mapeo).

Entendemos aquí como mapeo al conjunto de representaciones que sobre el espacio establece una sociedad. Podemos decir que el mapeo concibe al territorio al

⁸ *Orden del día*. Carhué, 26 de abril de 1879.

⁹ Sobre esta relación entre la cartografía y la muerte es dable citar a HARLEY cuando escribió: “*el trazo de una pluma a través de un mapa podía determinar las vidas y las muertes de millones de personas.*” *Op. Cit.*, 87

permitir pensarlo pero también lo concibe construyéndolo. El mapeo *hace* el territorio (QUIJADA 2000, 377), es decir, que es el universo simbólico mediante el que un grupo humano piensa a su espacio y se relaciona con él. Las acciones cotidianas cobran significado en una perspectiva particular del espacio (DELRIO & RAMOS 2001, 2-3). Estas perspectivas son flexibles, varían históricamente tanto como lo hagan las relaciones sociales y espaciales: son elaboradas, impuestas o consensuadas, modificadas y transmitidas de generación en generación y son consolidadas y reelaboradas según las relaciones inter e intra comunitarias. Es gracias a esas representaciones que el espacio cobra inteligibilidad y se convierte en territorio. Ellas determinan los límites, las jerarquías regionales, los trayectos preferibles, los contactos posibles. Con arreglo a esas representaciones se configuran los métodos de orientación.

Tras el avance militar los habitantes de las zonas conquistadas fueron forzados a renunciar a su mapeo de manera compulsiva. El mapeo propio de los conquistadores resemantizaba y domesticaba al espacio geográfico transformándolo o pretendiendo una transformación tal que el nuevo territorio fuera irreconocible para sus habitantes. Mediante la desnaturalización y la territorialización, mediante la imposición de una nueva trama espacial, de nuevos códigos burocráticos y de nuevos sistemas de símbolos el Estado transformaba al espacio geográfico en territorio propio e inhibía los mapeos autónomos. Borrando el mapeo del otro se buscó dismantelar su territorio e instalar forzosamente un sistema de referencias modernas y centralizadas en el que las técnicas de orientación acostumbradas devinieran obsoletas. Tras la captura, los vencidos eran arrancados de su tierra y repartidos entre los miembros de la clase dominante, que los usaban como mano de obra en los destinos más distantes (MASES 2002, 85 y ss.). A esos desarraigos individuales compulsivos se añadían las numerosas relocalizaciones a las que se sometía a grupos familiares completos, reinstalándolos en tierras de mucha menor productividad. La entrega de tierras que efectuó el gobierno a algunos grupos era, además, en lugares enormemente diferentes y lejanos al del territorio propio. Las deportaciones masivas, la fijación de la residencia de grupos de pautas de movimiento extensas y hasta el confinamiento de contingentes en campos de concentración son tipificadas por Delrio (2005a, 75 y 95) –sirviéndose de categorías de Grossberg– como *maquinarias de territorialización* (ver también BRIONES 2008 [2005], 17-19). Ya el trazado de núcleos urbanos para *indios amigos* que diseñó A. Ebelot antes de la conquista se alineaba en esta estrategia. La imposición de una nueva trama espacial

implicaba la dislocación, la disgregación y el cercenamiento del entramado regional propio del pueblo mapuce.

“Las fuerzas de cuatro fronteras [afirmó Ebelot (2008 [1880], 226-227)]..., se consagraron a la penosa tarea de no dejar una laguna, un bañado, un arroyo sin visitar de improviso y en cualquier instante en toda la extensión de la pampa. La cubrían como una red; imposible escabullirse por entre la malla; no quedaba más remedio que huir a medida que la red avanzaba, ganar el oeste, los Andes.”

Esa red omniabarcante de avance inexorable no era únicamente una vanguardia militar con el objetivo específico de patrullar la región conquistada, sino que iniciaba la desestructuración del territorio mapuce y rearticulaba sus espacios con nuevas conexiones y límites imponiendo un sistema diferente. Los códigos burocráticos que desde entonces serían ley en este espacio geográfico imponían una legalidad que ignora el Ad mapu. El nuevo sistema de símbolos asentado sobre el anterior resemantizaba al territorio, establecía nuevas coordenadas, reestructuraba al espacio jerarquizando zonas, suprimía la toponimia y exigía una nueva perspectiva sobre la tierra. La transformación radical compelida erigía fronteras que se cernían como cortes dramáticos en el espacio de conexión acostumbrada, urbanizaba unos sitios, atravesaba de alambres y tranqueras otros, barría los nombres antepuestos y rebautizaba arrogantemente los lugares¹⁰ e instituía la propiedad privada. De esta manera se exigía el montaje de un nuevo sistema simbólico y se violentaba al territorio mapuce para, sobre el mismo espacio geográfico, instaurar el territorio argentino.

Mediante la imposición de una nueva concepción de la realidad espacial se materializaba el mapa nacional. En su calidad de instrumento del poder, el mapa reificó un territorio. La resemantización compulsiva del espacio geográfico iniciada por ese Estado que se imaginó y se identificó con un perímetro cartografiado a bayonetazos produjo una transformación real y radical que no por simbólica dejaba de ser material y exterminadora.

Borrar el mapeo del otro, vencerlo mediante la transformación del espacio y de su percepción era una operatoria para forzar el cambio de las personas. Con la

¹⁰ El proceso de borrar la toponimia de las zonas conquistadas ha sido ampliamente estudiado. Ver, v. gr., TODOROV 2008 [1982], 38-40, donde afirma que *“el dar nombre equivale a tomar posesión”*; PRATT 1997 [1992]; HARLEY, *op. Cit.*, 219-228, escribió en 1994 que el acto colonizador de *“rebeschreiben la topografía en la lengua de la sociedad dominante”* obedece a que *“Nombrar es poseer; por lo menos una posesión parcial”* y preguntándose por el modo en que esta apropiación nominal opera entre los conquistados arriesgó: *“cómo debe sentirse el irlandés, el palestino o el algoquino al tener que aprender nuevos nombres para lugares que antes se pronunciaban en lengua nativa. Debe ser como si nos sacaran de la historia.”* Para el caso venezolano ver DÁVILA MENDOZA 2008, 216-217. Para nuestro caso particular bastará una superficial lectura de los relatos de MORENO, ZEBALLOS y EBELOT, entre otros. Allí los autores bautizan sistemáticamente cuanto accidente geográfico les place en territorio mapuce arrogándose el lugar del descubridor.

capitalización de la tierra, la transformación de las relaciones económicas al capitalismo y la transmutación de la mapu en *suelo patrio*, también se pretendía la conversión de los habitantes.

La capitalización de la tierra, su transformación en mercancía, desconcertó a comunidades que, aunque no desusaran nociones de posesión territorial, límites y derechos exclusivos sobre determinados espacios, desconocían la propiedad privada absoluta y excluyente típica del capitalismo. El Wajontu Mapu no es fraccionable ni vendible. La imposición de la perspectiva mercantil sobre la tierra precisaba conversiones paralelas entre los habitantes. Los miembros de los distintos lof, al caerles encima este nuevo sistema, pasarían a ser *usurpadores* o *propietarios*. Excluidos o incorporados a la nueva institución, los sobrevivientes de la conquista deberían rearmar sus vidas con el condicionamiento alterador de pautas de movilidad y cercenador de accesibilidad a los recursos vitales del límite taxativo e infranqueable. En el caso inclusive de que se les reconociera como *propietarios* se les *entregaba* [reconocía] la propiedad de las tierras de menor productividad y sus títulos eran precarios. La imposición, además, de un régimen burocrático sumamente enrevesado en la legislación sobre la propiedad exponía a los mapuce a la rapacidad de latifundistas y bolicheros. En las cartas topográficas que el Instituto Geográfico Militar levantó entre 1931 y 1935¹¹ se consignó, en la cuenca del Quillén, la inscripción *Estancia Los Currumil*. Relegados a la zona menos fértil del valle, los miembros del lof Kurrumil eran reconocidos como *estancieros*. Se los confinaba así a una categoría impuesta, que implicaba barrer con los propios códigos de relación con la tierra¹², es decir, que dismantelaba al territorio propio y obligaba a adoptar el mapeo burgués. La capitalización de la tierra, las transformaciones de las relaciones económicas al capitalismo y la transformación de la mapu en *suelo patrio*, además de ser forzadas, no conllevaron la igualdad sino la *construcción de un espacio social para el otro* (DELRIO 2005a, 213). Ese espacio

¹¹ Carta topográfica de Quillen, hoja 39 72-29-2, Ejército Argentino, Instituto Geográfico Militar.

¹² Aunque refiera a un proceso muy posterior y de origen religioso, es pertinente aquí hacer referencia al artículo de SEGATO en el que describe la irrupción de la propiedad privada entre los pueblos originarios de los andes centrales. En este caso, escribe, “*la clave que regulaba la antigua relación con el espacio natural es destruida y la antigua relación entre los habitantes y el espacio físico es abolida. (...) El espacio es transformado en apenas un recurso para la explotación (...) la tierra y los animales dejan de ser manifestaciones de un espíritu vivo y son transformados en cosas: recursos explotables y cuantificables. (...) La relación con la naturaleza no es más de comunicación y mutualidad, porque se convierte en una relación de sujeto/objeto, regido por la razón instrumental*”. Y, citando a su vez a Esterici, concluye: “*la introducción de nociones como la de “medición de la tierra”, interfiere “con la organización espacial anterior” e introduce “el concepto de tierra como algo divisible y alienable”.*” (2007, 236-237).

social estará al margen de la ciudadanía plena. Ese espacio social requiere un nuevo modo de ser: ser gobernado.

Aunque en nuestro análisis nos circunscribamos a este caso puntual, la llegada del Estado al territorio mapuce es uno de los últimos episodios de la expansión global de este tipo de estructura política vinculada al capitalismo. Aún ciñéndonos al caso del territorio mapuce, un enfoque adecuado debería ampliarse y contemplar como proceso conjunto –o al menos paralelo y concertado– al avance de los estados argentino y chileno. Más allá de las insoslayables tensiones que efectivamente se produjeron entre uno y otro, ambos emprendieron campañas concurrentes y acordadas con el objetivo común de quebrantar la autonomía de los pueblos originarios y absorberlos en el sistema propio¹³. Es cierto que por momentos el tenor de los diferendos limítrofes llegó a lindar con el enfrentamiento abierto. Pablo Lacoste (2001, 191-208; 2003) ha demostrado el papel que en esta disputa jugó la cartografía tanto en lo que denominó *guerra de mapas* como en la percepción negativa que, desde entonces, se produce recíprocamente entre argentinos y chilenos. Sin embargo, al margen de las pulseadas y celos por la delimitación de sus respectivos dominios, los estados argentino y chileno fueron aliados organizados en el avance sobre territorio mapuce.

Una vez incorporada la zona al sistema económico mundial regido por las potencias capitalistas, restaba generar la adhesión de los distintos sujetos al nuevo marco. Entre las estrategias tendientes a ello, la cartografía volvió a tener un papel preponderante. La fetichización del contorno del mapa como significante de la identidad nacional¹⁴ y la enseñanza escolar de la geografía nacional y nacionalizante (MAZZITELLI MASTRICCHIO, 2006, 139) fueron nuevos usos que el poder dio a la cartografía.

V. Resistencias, transculturación, agencia (o la reconquista del mapeo):

Esta campaña de conquista desplegó una acción de fuerza y magnitud descomunales para imponer su principio de visión y división de mundo. Pero no se encontró aquí con objetos maleables sino con sujetos históricos activos que desplegaron

¹³ ALVAREZ-BRAVO (1999, 49): “*enarbolando con insistencia (y quizá como nunca hasta entonces) la dicotomía civilización/barbarie, el proyecto se lleva adelante a través de un pacto estatal entre Chile y la Argentina.*”

¹⁴ ANDERSON, *op. Cit.*, 244-245, califica a este uso de la cartografía como *mapa logotipo*.

también las más diversas estrategias para mantener y recobrar o reinventar mapeos autónomos.

Desde el primer momento los miembros de los pueblos originarios reconocieron que la preocupación de los *hombres de ciencia* por medir y cartografiar el territorio no era desinteresada y que implicaba un peligro. En muchísimas situaciones se registró la suspicacia de los indígenas ante el instrumental de cartógrafos, agrimensores y topógrafos que incursionaban en su territorio. Los cronistas solían mofarse de ese temor atribuyéndole un origen supersticioso o la ingenua confusión del instrumental científico con el bélico. Es interesante observar cómo la misma analogía que los conquistadores hacían entre sus instrumentos geográfico-científicos y las armas era considerada superstición cuando la hacían los miembros de los pueblos originarios. Pero más allá de esto, si confrontamos esas apreciaciones con otros elementos, notamos que esa supuesta superstición era en realidad la percepción lúcida de que la observación exhaustiva del terreno no era ingenua, que el sometimiento del espacio a cálculos sistemáticos, como la indiscreta curiosidad de los viajeros, expresaba no sólo una presumible codicia sino el firme objetivo de la apropiación y que los planos eran también planes. Ya en los años '20 del siglo XIX, apenas iniciada la expansión de los productores agrarios bonaerenses, se conocía el rechazo particular que encontraban los agrimensores cuando debían trabajar allende la frontera (RATTO 2007, 50). En las zonas de frontera las tierras no estaban mensuradas por esa razón. Otro tanto ocurría con los intentos de cartografiar Chile desde mediados de ese siglo. En el mapa de Pissis no se representaba la zona de *indios rebeldes* porque estos se mostraban renuentes al ingreso del cartógrafo (LEIVA 2007). Hacia los años '80 la expedición de J. Wisocki fue atacada por indígenas que procedieron a la destrucción del instrumental científico (NAVARRO FLORIA 2007, 58). Y en 1876 había escrito Ebelot (2008, 43):

“los indios sienten un tradicional sagrado horror por todo lo que significa mensura de tierras. Para ellos el agrimensor es objeto de un odio supersticioso que involucra a sus ayudantes, sus instrumentos y sus diabólicas operaciones. Ya lo advertiríamos nosotros. Los indios siempre los han visto preceder al colono y anunciar su llegada. Todo campo en donde el agrimensor aparece es campo perdido.”

Evidentemente, lo que aquí se denomina *odio supersticioso* podría bien calificarse como apreciación fundada.

Consumada la conquista, implantado con toda su severidad el sistema de control estatal, las estrategias de resistencia debieron reformularse. Dos de ellas constituyen los ejes del proceso estudiado. Por una parte, la memoria oral se insubordinó decididamente

a la pretensión estatal de imponer el olvido del propio mapeo y emerger sin pasado a la nacionalidad única. A pesar de las presiones, el mapeo autónomo fue sostenido en la transmisión verbal generacional (DELRIO & RAMOS 2001). Por otra parte, mediante una transculturación activa se procuró reinventar el repertorio de herramientas útiles para la defensa y la recuperación territorial echando mano de elementos culturales provenientes de la sociedad conquistadora. Esta última estrategia podría considerarse una marca de identidad del pueblo mapuce, que desde el mismo pasaje de su autoadscripción *rece* a *mapuce* (BOCCARA 1999) tuvo una historia de transformaciones reguladas autónomamente de *apertura hacia el otro* para consolidar los intereses y la identidad propios. Tal vez el más estudiado y el más emblemático de estos aspectos sea el de la transculturación militar. Desde la adaptación de las tácticas de combate en función de la observación de la acción de los ejércitos españoles, hasta la adopción del uso del caballo reinventando modos de domar y montar y la adopción del hierro y las armas de fuego, los mapuce no se limitaron a emular a los conquistadores; pragmática y creativamente adoptaron algunas de sus técnicas innovándolas. Pero esta estrategia adaptativa se verifica también en los planos económico y político. Para nuestro interés puntual en este trabajo también contamos con un antecedente. Examinado la historia de las expropiaciones sufridas por el pueblo mapuce en el valle de Cushamen, W. Delrio halló que, en 1899, *ante el intento de estancieros vecinos de adueñarse de las tierras que ocupaban las familias indígenas*, la comunidad de Miguel Ñancuche Nahuelquir decidió que su hermano, Rafael Nahuelquir, *se conchabase como cadenero*¹⁵ *en las comisiones de mensura de tierra, donde se habría informado de la legislación sobre tierras fiscales vigente* (2005a, 140). En esta decisión estratégica es evidente la intención de acercarse al otro para estudiar las reglas que impuso y blandirlas en defensa propia.

VI. La experiencia pewence:

El proceso que pudimos observar en nuestra investigación se basa en esas dos prácticas: la insubordinación de la memoria –que constituye un bastión de resistencia frente a las presiones sistemáticas y sistémicas– y el movimiento de acercamiento

¹⁵ Asistente del agrimensor que se encarga de acarrear y desplegar sobre el terreno una cadena que tiene una medida precisa y conocida. El eslabón de un extremo de la cadena se fija en un jalón y se extiende el resto en una dirección determinada.

estratégico al criterio de mapeo hegemónico para conocer y dominar sus técnicas y utilizarlas con arreglo a los intereses de la propia comunidad.

Los talleres de capacitación que la CMN y la Asociación Civil Pro Patagonia (ACPP) vienen desarrollando están destinados directamente a los jóvenes kona de la ZP, pero en articulación permanente con las personas de mayor edad de sus respectivos lof. Las tareas de relevamiento y georreferencia del territorio son precedidas por la atenta escucha del testimonio de los ancianos. El domingo 20 de abril de 2008, por ejemplo, se efectuó un taller en Quillen en el que los 36 participantes se dividieron en torno a las personas mayores con la consigna de que éstas les transmitieran cuales eran los sitios propios del lof Kurrumil. Este es el paso inicial del proceso. Sólo después de consultar a los mayores y concordar comunitariamente cual es el territorio a mapear se inicia el relevamiento sobre el campo. En aquella ocasión, los kimce comentaron que sus mayores:

para piñonear usaban lo que hoy se llama lote X¹⁶, antes no estaba alambrado ni nada, cuando vinieron los grandes estancieros, corrieron a la gente, apareció el alambre y los lotes, es bueno recordar a la gente cómo era antes que no había alambrado que era libre y podían pasar a todos lados, ellos iban a buscar lo que necesitaban nada más¹⁷

Ese territorio que desconocía los fraccionamientos impuestos por el capitalismo, en el que se *era libre de buscar lo que necesitaban* es el recuerdo del mapeo autónomo, anterior a la imposición del criterio territorial estatal-privado que pretendió borrarlo.

a este lugar [continuó el mismo referente] le cambiaron el nombre, ahora le dicen “la morada”, ahí me contaron que se llama Colihuanqui al arroyo que baja allí, C.¹⁸ le puso ese nombre, en otros tiempos no tenía ese nombre. También mencionaban las veranadas de acá donde está Eduardo Hernández, se llamaba Millanof donde veranea Ismenia, donde veraneaba su abuelo Jerónimo Kurrumil la otra veranada

La memoria territorial que subsiste a pesar de la yuxtaposición de la lógica espacial hegemónica es comprobable por las huellas diversas que los usos pasados imprimieron. La toponimia resiste a la intención de rebautizar el espacio, los metahue dispersos que indican la existencia de cementerios, la localización de un rewe, la existencia de determinados recursos, constituyen elementos del propio mapa. Los participantes del taller trazaban croquis sobre el papel y explicaban:

Este es el lof Kurrumil, para nosotros este cuadrado grande se divide a la mitad, la invernada y la veranada, está la Estancia Camino que sería campo privado, está C. En la Estancia Camino, dentro de ese espacio hay tres arroyos Chenque trinchera con nombre mapuce que da indicio que había familias mapuce en ese entonces, acá pusimos el Chenque y el Cerro Kurrumil que está dentro de la Estancia Camino, esto nos da indicio de que habían familias mapuce que ocupaban el lugar, porque hay nombres mapuce, esto está dentro del campo privado, del lado

¹⁶ Se omitirá aquí la publicación de datos precisos relativos a litigios vigentes.

¹⁷ Los testimonios de este encuentro fueron grabados y transcritos por Ricardo Luna.

¹⁸ Ver nota 16.

sur está C., hoy se llama "Lote X", antiguamente era el lugar donde nuestros antepasados iban a buscar piñones pastoreaban y buscaban lawen, le decían Mayohue, la abuela contaba que iban a buscar para pintar lana para hacer tejido a telar; esos lugares están nombrados con nombre mapuce, como el arroyo Curico, en Mayohue, y el arroyo Pichileufu, que son nombres mapuce ahora dentro de lo que sería C. y se encuentra un rewe donde sobre él se forestó, sobre el rewe se forestó pino.

Son, en definitiva, los mayores quienes transmiten el mapeo autónomo a los jóvenes y son también ellos los que, al percibir las condiciones históricas de posibilidad, instan a sus jóvenes a recuperar los espacios de que han sido desposeídos.

De hecho el espacio esta, lo que les puedo contar es cuando recuperamos territorio cuando fueron nuestro lamieng fue la niuke y mostró exactamente el lugar donde era, donde hay un arroyo, unos determinados pwenes y hagan lo que hacíamos antes, la ñaña Ismenia fue a ese lugar, la única mujer que fue con los jóvenes. Orgullosa porque la niuke fue la que instó a los jóvenes para que recuperen el territorio, por los hijos y por nosotros. (...) los nombres de los lugares están en mapunzungun, en nuestro idioma, y los pusieron nuestros abuelos y bisabuelos (...) el espacio territorial que nos dejó el wigka es muy chico, la comunidad se esta haciendo cada vez mas grande y que tenemos que recuperarlo lo que alguna vez nuestros antepasados ocuparon.

J. Nahuel, autoridad de la CMN, explica así la articulación intergeneracional en este proceso:

lo realizan los konas, lo realizan los konas el trabajo pero está basado absolutamente en la memoria histórica, en la memoria de nuestros kimce, de nuestros mayores, que son los que tienen el fundamento y tienen razones para decir por qué la reivindicación va mucho más allá de los límites que nos ha impuesto la invasión que se generó¹⁹

Definido de esta manera el territorio a mapear, los konas proceden a relevar los espacios indicados para luego elaborar los mapas respectivos. J. Nahuel indica que este proceso:

es una etapa de la lucha territorial que nos encuentra hoy tratando de definir de qué territorio hablamos cuando demandamos reconocimiento territorial, entonces, definir claramente y lo hacemos con nuestros propios parámetros, no los parámetros que indique la cartografía wigka o las estadísticas que tenga catastro o que tenga la dirección de tierras. Nosotros vamos a dibujar nuestro propio espacio territorial, donde vamos a tratar de garantizar la vida para nuestros hijos y nuestros nietos y para eso necesitamos disputar después esos criterios con los que nos va a anteponer el estado.

¹⁹ Entrevista realizada el lunes 1° de junio de 2009.